

extranjero, su calidad de ameno conferenciante, sus dotes de organizador, puestas de relieve al ser nombrado primer rector de la Universidad Eclesiástica de Salamanca, sus estudios de Arte y de Musicología. De su gusto artístico, tenemos la prueba magnífica de su paso por la secretaría del obispado oscense, al restaurar con gran respeto al arte antiguo, el palacio episcopal y por último agradeció al doctor Artero su colaboración en este ciclo de conferencias.

El conferenciante comienza evocando los críticos momentos de la persecución desatada por Valeriano en 257, en la que había de perecer san Lorenzo. El culto de éste se hace muy pronto popular, convirtiéndose en uno de los santos más universales y su *passio*, que caló muy hondo en el sentimiento popular, constituyó un poderoso motivo de fervor. Ante el auditorio van desfilando, a través de una vastísima erudición, fruto de incansables búsquedas, mil manifestaciones de la presencia del culto laurentino y su repercusión en todos los aspectos de la vida cristiana. Curiosísimas inscripciones en grafitos, que aparecen en las catacumbas, nos dan el tono de la devoción popular. Algunas de estas inscripciones, ingenuas o apasionadas, están llenas de fuerza emotiva; incluso en vidrios y copas, aparecen inscripciones laurentinas y a propósito de alguna de ellas, se extiende en agudas consideraciones. El doctor Artero, con encantadora amenidad, va mostrando la figura de san Lorenzo, a través de las menciones más características de los escritos patrísticos y de las oraciones rituales; manifestaciones, a veces impresionantes de la devoción laurentina. Habla de las iglesias y basílicas levantadas en su honor y, al recordar la gran figura del papa Dámaso, se lamenta de la pérdida de su fichero durante la guerra civil, en el que conservaba un dato apodíctico en orden a la demostración de la hispanidad de san Lorenzo.

El final de la docta conferencia estuvo dedicado a las manifestaciones poéticas. En el grupo de composiciones escogidas, señalamos los versos de Venancio Fortunato y, sobre todo, los del gran Prudencio, el vate aragonés, cantor de los mártires, cuya férrea poesía, impresionante de duros acentos, es la más espléndida manifestación del fervor celtibero.—*Santiago Broto.*

Solemnes honras fúnebres al rey Ramiro II y IX Pleno del Colegio de Aragón.

Como preludeo de los actos del IX Pleno del Colegio de Aragón, se procedió en la tarde del día 8 de octubre a la traslación de los restos del rey Ramiro II—cuyo VIII centenario de la muerte se conmemoraba—

desde su panteón en San Pedro el Viejo a la sala de doña Petronila, del antiguo Palacio Real de Aragón. A las ocho de la tarde partió el cortejo fúnebre, que recorrió las calles de Cuatro Reyes, Correría, plaza de San Pedro, San Salvador, Las Cortes, plaza de la Catedral, Quinto Sertorio y plaza de la Universidad, estando constituido por las bandas de trompetas y tambores del Frente de Juventudes, tres centurias de esta organización que portaban hachas encendidas, seguidas, en doble fila, por centenares de personas pertenecientes a los diversos organismos ministeriales y dependencias de la capital, nutrida representación del clero secular y regular de la diócesis, compactas comisiones militares en uniforme de gala, jerarquías del Movimiento y autoridades provinciales, así como las corporaciones provincial y municipal, bajo mazas. Los restos reales, encerrados en una urna de cristal, eran portados por concejales y diputados, marchando a continuación la presidencia oficial del cortejo integrada por las primeras autoridades. Cerraba la marcha una compañía del Regimiento de Infantería núm. 3, con bandera y música.

El desfile fue presenciado por millares de oscenses. Al llegar el mismo a la plaza de la Universidad, las fuerzas rindieron honores a los restos del monarca, mientras la *Schola Cantorum* del Seminario interpretaba un solemne responso. La urna quedó depositada en la Sala de doña Petronila, del alcázar real, sobre un catafalco, estableciéndose turnos de guardia por nuestras autoridades, que duraron toda la noche.

A las diez horas del siguiente día 9 y en la Casa de la Ciudad, se organizó el solemne cortejo que había de acompañar, de nuevo, los restos de Ramiro II a la Catedral. Abrían la marcha los maceros de los Ayuntamientos de Jaca, Teruel, Calatayud y Zaragoza, los de las Diputaciones de Zaragoza y Huesca y los del Ayuntamiento de la capital, a los que seguían, en filas compactas, nutridísimas comisiones civiles, militares y eclesiásticas, miembros de las corporaciones municipales de Calatayud, Jaca, Teruel y Zaragoza, presididos por sus respectivos alcaldes; Diputación Provincial de Zaragoza, claustro de profesores del Instituto «Ramón y Cajal», de Huesca, Diputación Provincial de Huesca, Colegio de Aragón, Universidad de Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», Instituto de Estudios Oscenses, Ayuntamiento de Huesca y, finalmente, la presidencia oficial del acto. En el templo catedralicio se celebró, con toda solemnidad, una misa de réquiem en sufragio del rey Ramiro, ocupando lugares preferentes las primeras autoridades y personalidades asistentes. A su terminación, la vistosa e impresionante comitiva recorrió las calles de Santiago, plaza de Lizana, Cosos Alto y Bajo, Correría y Cuatro Reyes, para penetrar en el claustro de San Pedro el Viejo, desfile que fue contemplado por incalculable gentío estacionado a lo largo de la carrera, toda ella profusamente engalanada.

El claustro, cubierto de amplísimos cortinajes azules, ofrecía un aspecto maravilloso. La presidencia del acto quedó constituida por el excelentísimo señor capitán general de la Región, que tenía a su derecha al presidente del Consejo de Estado y del Colegio de Aragón, señor Ibáñez Martín; presidente del Tribunal Supremo, señor Castán Tobeñas; ex-ministro, señor Gascón y Marín; gobernador civil de Zaragoza, rector magnífico de la Universidad, presidente de la Diputación de Zaragoza, alcalde de la misma ciudad y general gobernador militar de Huesca, y a su izquierda al gobernador civil, señor Riera Aisa; presidente de la Diputación Provincial, alcalde de Huesca, gobernador civil de Teruel, fiscal de la Audiencia Provincial y los señores Galindo y Beltrán.

Antes de iniciarse el período de discursos, el Orfeón Oscense interpretó las obras «Cortejo fúnebre», del maestro Lacasa, y *Rex tremendae majestatis*, de la misa de réquiem de Mozart. A continuación el excelentísimo señor capitán general de la región abrió la sesión académica, concediendo la palabra a don Antonio Beltrán Martínez, consejero del Instituto de Estudios Oscenses, quien comenzó diciendo que, con su intervención en el maravilloso y recoleto claustro románico de San Pedro el Viejo, cumplía un deber protocolario extraordinariamente grato para él, ya que se dirigía a todos como secretario nato del Colegio de Aragón, y por la gentileza de sus amigos y paisanos de Huesca, para llevar más bien la voz de la Institución «Fernando el Católico» y del Instituto de Estudios Oscenses. Añadió que era justo, ante todo, indicar qué es y significa el Colegio; Aragón es tierra más fértil en hombres que en privilegios de su propia naturaleza, es tierra de exportación de hombres, donde se forjan talentos al servicio de la Patria, que no solamente están en sus propias ciudades, sino con harta frecuencia rindiendo sus servicios, a veces de gran importancia, en los diversos puntos del país. Estos aragoneses que mantienen vivo en el fondo de su corazón el culto a la tierra donde nacieron, han querido formar el Colegio de Aragón, no porque les falte vinculación hacia su tierra, sino porque ésta está necesitada del esfuerzo y servicio de todos sus hijos. El colegio reúne así a cuarenta aragoneses ilustres y se reunió por primera vez en 1946. Desde entonces ha glorificado personas que en el pasado fueron orgullo regional, ha intervenido en gestiones definitivas, ha estudiado y tratado cada uno de los problemas que nos afectan y ha mantenido siempre vivo el espíritu de mejora material y moral de nuestra región aragonesa. Por otra parte, indicó, hablaba en nombre de la ciudad a cuya provincia pertenecía y como consejero de número del Instituto de Estudios oscenses, para manifestar con qué corazón abierto, con qué gratitud emocionada, Huesca recibía al Colegio de Aragón. Huesca es como una síntesis de España: bellísima, gloriosa, triste, miserable, grande; nos proporciona todas las facetas de lo que es capaz de hacer la naturaleza, pero los

hombres han de hacer forzosamente lo contrario; no se ajustan al paisaje, sino que lo dominan: así se forja el espíritu de los oscenses. Pero hacer una presentación de Huesca al Colegio de Aragón es innecesario. Huesca está en el punto donde su designio histórico necesitaba que estuviera y Huesca cumple a lo largo de su historia con los timbres de gloria que son servicio y deber, para los cuales los hombres de Huesca están preparados, y como Teruel y Zaragoza, forma parte de un conjunto histórico que tiene las mismas características; es ciudad de amor, ciudad abierta de corazón que, al tenderos sus brazos y daros la bienvenida, os dice: «muchas gracias».

A continuación, don Pascual Galindo dio comienzo a su conferencia, *Ramiro II. 1137-1157*, aludiendo a su participación en el acto. Menciona su tesis doctoral sobre Alfonso el Batallador, leída en 1920, de la que han derivado la casi totalidad de los estudios y monografías publicados en estos últimos treinta años, en los que se han abordado problemas que apuntó ya en su mencionada tesis, que ha quedado inexplicablemente inédita por no haber encontrado un mecenas que la editase, comparando las condiciones en que se realizaban antes y ahora las tesis y las investigaciones. Pasa a ocuparse de la gran figura de Alfonso el Batallador, el gran rey reconquistador más grande que el Cid, al que sólo le faltó un historiador que narrase sus hechos y un poeta que los cantase. El valeroso monarca murió en la batalla de Fraga, víctima de la traición de los jinetes del desierto. Muchos años después, Alfonso II mandó ahorcar a un impostor que se hacía pasar por el gran Batallador.

Habla después de su hermano Ramiro, que había de sucederle, y del documento de donación de Sancho Ramírez a San Ponce de Tomeras, singular monasterio ultrapirenaico, en mayo de 1093, llegando a la conclusión de que si no hubo monje, hubo monjía. Pero Ramiro aparece muy pronto en la vida secular dominando tenencias, pues se le ve mencionado como señor de Monzón desde 1105. Habla de la «Campana de Huesca», cuya falsedad demostró el deán Sangorrín, con descontento de algunos oscenses; pero ya en el siglo XVIII, lo había hecho Juan A. Fernández de Heredia. Respecto del matrimonio de Ramiro, cree que éste estaba ya casado en 1134, interpretando en este sentido un documento de finales de este año de la catedral de Huesca (cf. ARGENSOLA, t. I, pág. 15). Vuelve a referirse al gran Batallador y cita, entre otras cosas, el documento de 1106, que demuestra su ardor combativo cuando Cic de Flandes, primera mención, sin duda, de Flandes en España, y sus cinco hijos murieron por defender la vida del monarca. Narra otros episodios y exalta la gloria imperecedera de Alfonso. Se extiende, luego, en consideraciones sobre los sacrificios que realizó don Ramiro que, en caso de haber tenido que renunciar a su amor por

doña Inés (es probable, sin embargo, que muriese de enfermedad), sería ya el colmo del sacrificio. Termina recordando la anécdota del rey Alfonso XIII, que trató de conseguir, en vano, elementos chesos para su guardia, cosa que realizó en el siglo XII, Alfonso el Batallador, con los fieles chesos que le amparaban en las batallas, según dice el propio monarca en un famoso documento.

Seguidamente, el excelentísimo señor don José Riera Aísa, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Huesca, inició su conferencia, testimoniando su cordial saludo al Colegio de Aragón e ilustres personalidades que asistían al acto. Hizo después referencia a una anécdota ocurrida en el año 1915 con ocasión de que su majestad Alfonso XIII visitaba a la que en tiempos fue capital de la monarquía española y castellana para entregar un estandarte a la Academia de Artillería: a pie, con su señora la reina Victoria, caminaba del Alcázar a la plaza Mayor de Segovia. Entre la multitud que le aclamaba había un labriego, un hombre de tez tostada, un castellano (lo mismo hubiera sido un aragonés, porque llamarse aragonés y castellano, en cuyos dos reinos se vinculó la unidad de España, es lo mismo), y aquel hombre que llevaba un sombrero de alas anchas en la mano y rica capa parda del reino de Castilla, cuando vio a la reina, dijo: ¡Qué guapa! Y entonces el rey, volviéndose, le dijo: ¿Qué, te gusta? ¡A mí, también! ¿Verdad que es muy guapa? El orador se dirigió al Colegio de Aragón, diciendo: ¿Verdad que Huesca es muy guapa? ¿Verdad que cuantos habéis venido a ella comprendéis su belleza y no tendréis más remedio que repetir vuestras visitas y hacerlas frecuentes, para que al mismo tiempo que Huesca evoluciona en el orden material, evolucione también en el espiritual?

He oído a muchas gentes—dijo luego el señor Riera—lamentarse de que a Huesca hay que venir a buscarla porque no está en el itinerario, alejada de la ruta de las grandes ciudades. Yo, cuando esto he escuchado, mi contestación ha sido la de que todo lo que vale, hay que ir a buscarlo. Que se hagan a la idea de que Huesca y su provincia son oro de ley, y bien vale la pena que los españoles se tomen la molestia de venir a buscarlo. Por eso y por lo que Huesca supone como centinela de España, doy las gracias al Colegio de Aragón por el sacrificio que todos sus hombres hayan hecho en venir hasta nosotros, manifestándonos que, si a nosotros nos dan la mano, Huesca, en cambio, les abre sus brazos.

Acabamos de acompañar a un monarca, por calles de Aragón, como recuerdo a un reinado que terminó refugiado en un monasterio. En este día en que se pregona la pujanza de la unidad, no podía faltar la estampa de don Fernando, rey de Aragón, por añadidura el Católico, a quien

quisiera rendir un merecido homenaje, en la certeza de que la mejor manera de lograrlo es recoger el recuerdo que dejé prendido, días pasados, en las mutiladas almenas de Montearagón, al iniciarse la Semana de la Historia, es decir, hablar de quien compartió su vida con él y fue su soberana.

Tras referirse el conferenciante a unos versos de Gabriel y Galán en el centenario de santa Teresa de Jesús y a la mención de Palafox de que existe extraordinaria coincidencia entre la reina Isabel y la santa, evocó el funeral celebrado por el eterno descanso de Enrique IV en el año 1474, cuando blancos copos de nieve sobre la que un día fuera capital de la monarquía castellana, tendían humilde alfombra a los ricos hombres, magnates, condestables y plebeyos, que acudían con paso presuroso a la Catedral para asistir a las honras fúnebres y luego, más adelante, a la coronación de Isabel, con la que se uniría su esposo don Fernando para poner juntos, en lo sucesivo, los pilares sólidos de la unidad de la Patria bajo el lema de «tanto monta, monta tanto» y el símbolo del yugo y las flechas. A continuación relató algunos episodios en los que se contienen las principales preocupaciones con que hubieron de enfrentarse los Reyes Católicos: una nobleza siempre deseosa de revueltas, la defección del arzobispo de Toledo, final de la guerra de reconquista, descubrimiento del Nuevo Mundo, y una vez realizada la unidad material, emprender la espiritual. Dueña España de tierras nuevas descubiertas para la posteridad, organizados los servicios y en estabilidad el trono, sentados los cimientos de unidad religiosa, trazada la política y organizado el Ejército, consideró la gran reina cumplida su misión y el 26 de noviembre de 1504 fallecía a los 53 años de edad. Su testamento es una lección de intuición política y en él dejó ordenado que no se regatease esfuerzo para evitar la desmembración de la doble corona, de la plaza de Gibraltar, y para llevar a cabo la misión de España en las tierras africanas. Para terminar expresó que todos fuimos a rescatar, a las órdenes del caudillo Franco, la unidad de España que estaba resquebrajada y la que debemos mantener aun a costa de nuestra vida. Si Jorjue Manrique hubiera vivido en estos tiempos no hubiera dicho sin duda su poética frase de que nuestras vidas son como ríos que van a morir al mar, porque son también lecciones para la unidad, sobre la que debe estar la Santa Cruz que nos guíe al éxito en todas las empresas.

Por último y en nombre del Colegio de Aragón, en ausencia del decano don Severino Aznar, que no había podido desplazarse a Huesca por motivos de salud, el señor Gascón y Marín dio las gracias a las autoridades, corporaciones y al pueblo oscense por la buena acogida que se había dispensado a todos los miembros del Colegio, así como la cola-

boración prestada por todos para que sus reuniones tuvieran la brillantez y eficacia que quedaban plenamente mostradas en este XI Pleno celebrado en Huesca.

En la tarde del mismo día y en el aula magna del Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», se celebró la reunión conjunta del Colegio de Aragón, Institución «Fernando el Católico», Instituto de Estudios Turolenses e Instituto de Estudios Oscenses. Ocuparon la presidencia el presidente del Consejo de Estado, don José Ibáñez Martín; el gobernador civil de Huesca, don José Riera; ex-ministro, don José Gascón y Marín; presidentes de las Diputaciones Provinciales de Zaragoza, Teruel y Huesca; gobernador civil de Teruel, alcalde de Huesca, secretario del C. S. I. C., director de la Institución «Fernando el Católico», rectores de las Universidades de Santiago y Zaragoza, don José Artero, catedrático de Salamanca, director del Instituto de Huesca y presidente del I. E. O.

La sesión fue iniciada por el señor Ibáñez Martín, indicando que el Colegio de Aragón era un órgano suplicante y cooperador, es decir, que se limitaba a solicitar de los poderes públicos el planteamiento y la resolución de aquellos problemas o cuestiones del máximo interés para Aragón y por consiguiente para España. Se refirió a las dimensiones del carácter español, indicando que los españoles tenemos aptitudes y somos tan buenos investigadores y científicos en cuanto poseemos idénticos medios de obrar, que el resto de las naciones, y aludió a la inquietud de nuestro espíritu que nos hace señalar defectos a todo, aun cuando esto constituye una virtud, pues el hecho de que nos exijamos mucho a nosotros mismos denota ya un afán constante de superación. Destacó el panorama cultural de España manifestando que el resurgimiento de la Patria en estos últimos años se debe al caudillo, cuya figura glosó, señalándole como el artífice de este renacer cultural, científico y material que, en progresión creciente se aprecia en todo el país.

A continuación se pasó al estudio de las ponencias que figuraban en el orden del día, según se relacionan a continuación: *Memorias de las actividades realizadas durante el curso 1956-57*, por la Institución «Fernando el Católico», Instituto de Estudios Turolenses e Instituto de Estudios Oscenses; *Información sobre el denominado «Plan Teruel», comprensivo de las conclusiones a los temas contenidos en el IV Consejo Económico Sindical de esta provincia*, presentada por el presidente de la Diputación de Teruel; *Defensa del patrimonio artístico altoaragones*, por Virgilio Valenzuela, presidente del I. E. O.; *Riego de la Hoya de Huesca*, por José María Lacasa; *Desarrollo turístico altoaragones*, por Salvador María de Ayerbe y Santiago Broto; *Los nuevos pantanos del río Ebro*, por Grupo Cultural Caspolino;

Instalaciones culturales en Calatayud, por Centro de Estudios Bilbilitanos; *Centenario de Baltasar Gracián*, por Fernando Solano, director de la Institución «Fernando el Católico»; *Ampliación de las filiales de la Institución «Fernando el Católico» y una asamblea plenaria de las mismas*, por Fernando Solano; *Coloquios sobre metodología de los estudios de Historia Local*, por Angel Canellas; *Carreteras turísticas en el Altoaragón*, por Antonio Muñoz Casayús; *Una Asamblea de Centros aragoneses*, por Eduardo Cativiela; *Las investigaciones arqueológicas en la provincia de Huesca*, por Antonio Beltrán.

El día 10, los miembros del Colegio de Aragón, acompañados de las primeras autoridades oscenses y miembros de las tres instituciones aragonesas, se desplazaron al monasterio de San Juan de la Peña, en donde el señor Beltrán Martínez explicó las principales características históricas y artísticas del cenobio, estudiando en el recinto moderno las obras y reparaciones que se están llevando a cabo por el Patronato del mismo. En la hospedería, fueron obsequiados por el Ayuntamiento de Jaca con un almuerzo, al final del cual el alcalde de dicha ciudad, señor Lacasa, les dio la bienvenida con la mayor cordialidad y se refirió al acervo histórico de la comarca y a sus posibilidades económicas e industriales.

Seguidamente, el gobernador civil de Teruel hizo cariñosos elogios de la provincia oscense, haciendo constar que se marchaba admirado de cuanto en ella había podido contemplar y que su laboriosidad y virtudes eran un ejemplo para todos, congratulándose del progreso de la provincia hermana que, juntamente con la de Zaragoza y la de Teruel, constituían tres florones en la reconstrucción española.

A continuación, don José Riera, gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Huesca, destacó la importancia de estas reuniones del Colegio de Aragón, mostrando su gratitud por los afanes y trabajos de todos sus miembros en pro de la región, señalando la unidad de las tres provincias en las que se rendía culto a la tradición y a las virtudes de nuestros gloriosos antepasados. Patentizó que Castilla y Aragón fueron las piedras angulares de la unidad española, simbolizada en un escudo conservado en la iglesia castellana de Santo Domingo, en cuyos dos cuarteles figuran un brazo del rey y otro de la reina que expresan de manera elocuente la fusión de ambos reinos para dirigir luego los destinos hispánicos. Agradeció la deferencia de los miembros del Colegio y de su digno presidente por su visita a Huesca, en la que dijo encontrarían siempre el afecto y la admiración de todos los altoaragoneses, reiterando la adhesión de los mismos al caudillo de España y a su Gobierno, cuyas consignas obedecen con entusiasmo, fidelidad y devoción.

Finalmente, el señor Ibáñez Martín expresó su reconocimiento personal y el del organismo que presidía, al señor gobernador civil de

Huesca, por las constantes atenciones recibidas por todos durante su estancia en el Altoaragón, subrayando su admiración y respeto al monasterio de San Juan de la Peña, solar histórico del gran reino aragonés. Manifestó que la provincia de Huesca es, de las tres aragonesas, la de más brillante porvenir, y que había venido a ella atraído por su capacidad creadora, tanto en el pasado como en el presente, e hizo votos por su progreso y bienestar, agregando que la fe de todos los españoles y el genio providencial del caudillo han producido esta espléndida recuperación de España, bajo el signo de los postulados del Movimiento.

Por la tarde, la comitiva visitó el mirador del Pirineo, trasladándose seguidamente a Jaca, cuya Catedral recorrieron, y más tarde al monasterio de Santa Cruz de la Serós, joyas todas ellas del románico aragonés, dando así por finalizadas las tareas del XI Pleno del Colegio de Aragón.—*Santiago Broto.*

VI Congreso de Historia de la Corona de Aragón.

El 8 de diciembre pasado tuvo lugar, en el paraninfo de la Universidad de Cagliari (Cerdeña), la apertura simultánea de tres congresos dedicados al estudio de asuntos económicos. Entre ellos destaca, por la cantidad y calidad de los investigadores, el VI de la Corona de Aragón. El Vaticano, Italia y España tuvieron sus representantes oficiales en las personas del P. Albareda, por el primero; del ministro de Asuntos Exteriores y de Instrucción Pública, por el segundo, y de nuestro embajador en Italia, conde de Navascués—representante del ministro de Educación Nacional español—y del director general de Archivos. El Gobierno de la Región Autónoma Sarda asistió en pleno.

Historiadores franceses, alemanes, ingleses, italianos y españoles concurrieron con sus trabajos a las sesiones de estudio. Dos fueron las ponencias presentadas: *La economía de los países de la Corona de Aragón en la baja Edad Media*, desarrollada por los profesores Vicens Vives, Suárez Fernández y la señorita Carrère, y *La economía mediterránea en el siglo xvi*, preparada por los señores Lepeyre y Carande.

Junto al compacto grupo aragonés, formado por los señores Lacarra, Ximénez de Embún, Canellas, Corona, Serrano y Vázquez de Prada—que presentaron trabajos interesantísimos reveladores de un metódico trabajo inteligente—cabe destacar la aportación de los jóvenes alumnos del doctor Vicens, de Barcelona, preparados sólidamente y con procedimientos técnicos novísimos. Unimos a todos ellos la correspondiente aportación oscense, de la que se habla más extensamente en este mismo número.